

“¡Otra emancipación ... hay que conquistar!”

Adriana María Arpini

UNCuyo – CONICET

aarpini@mendoza-conicet.gob.ar

Palabras claves: independencia, emancipación, prácticas de manifiesto, colonialidad

Hemos elegido parte de una estrofa del poema/canción de Félix Luna y Ariel Ramírez para dar título a nuestra ponencia porque esa canción, especialmente si es cantada por Mercedes Sosa, constituye una “práctica de manifiesto” referida al hecho de que la emancipación no se alcanza de una vez para siempre, sino que requiere del duro trabajo de conquistarla diariamente.

La noción de “prácticas del manifiesto” que propone Boaventura de Sousa Santos (2003)¹ tiene, a nuestro juicio, una importante función epistémica en cuanto criterio normativo de producción de conocimiento. Esta noción, junto a las de “sociología de las ausencias” y “teoría de la traducción”, forma parte de lo que el autor caracteriza como procedimientos indirectos para comprender la significación de una globalización contra-hegemónica. La “sociología de las ausencias” es una operación por la que se visibilizan aquellas experiencias sociales, iniciativas políticas o conceptualizaciones que han sido silenciadas, borradas, olvidadas por las formas hegemónicas de conocimiento. No obstante, sus fragmentos pueden ser reconstruidos y cobran sentido en la medida que se puedan establecer (o restablecer) vínculos con otras experiencias, vigorizando, así, su potencial de producir alternativas. La “teoría de la traducción” alude a la inteligibilidad mutua de experiencias de resistencia o luchas locales, particulares. Dicha inteligibilidad favorece políticas de convergencia sin pérdida de la autonomía (singularidad) de cada proceso. La identificación de lo común posibilita la acción conjunta, pero el pasaje de la una a la otra, si es que la acción ha de ser conducente, requiere un acto de autorreconocimiento, un ponerse para sí y una autovaloración –como dice Roig (2009)²–. Aquí es donde se insertan las “prácticas del manifiesto”.

1 DE SOUSA SANTOS, Boaventura (2003), *La caída del Angelus Novus: Ensayos para una nueva teoría social y una nueva práctica política*, Bogotá, ILSA. Hacemos una interpretación libre de las fecundas sugerencias de Boaventura de Sousa Santos.

Un manifiesto puede ser caracterizado como un programa de acción en torno a puntos comunes que son detallados con cierta precisión según el grado de participación de los involucrados o lo que cada uno espera lograr. Acordamos con De Sousa Santos al considerar que un claro ejemplo de tales prácticas del manifiesto es el texto *Nuestra América* de José Martí, pues se trata de un ensayo acerca de nosotros mismos hecho por uno de nosotros. O sea, es un ensayo de autoafirmación. Contiene un saber acerca de la realidad, pero al mismo tiempo esboza una política de los saberes³ acerca de nosotros y empuja a la acción: negar, para superar, las visiones estrechas del “aldeano vanidoso”, de “los sietemesinos”, de los “letrados artificiales”; superar también las dicotomías racialistas; producir conocimiento a partir del autorreconocimiento –sintetizado en la figura del “hombre natural”–; en fin, crear.

Podemos considerar como un antecedente más cercano en el tiempo a los manifiestos de las vanguardias latinoamericanas de las primeras décadas del siglo XX. En 1988 fue publicado por la emblemática editorial de la Biblioteca Ayacucho el volumen titulado *Manifiestos, proclamas y polémicas de la vanguardia literaria hispanoamericana*⁴, el cual reúne un importante número de textos, de muy variada gestación, como “Arte poética” de Vicente Huidobro (1916), “Las nuevas corrientes del arte” de Mariano Picón Salas (1917), “La juventud argentina de Córdoba a los hombres libres de Sud América” (1918), “El estado de la literatura hispanoamericana” de César Vallejo (1926), “Arte, revolución y decadencia” de José Carlos Mariátegui (1926), “Manifiesto número 1 del Sindicato de trabajadores intelectuales de Cuba” (1927), entre muchos otros. A pesar de su variedad, la escritura de tales textos pertenece –según Nelson Osorio (1988)– a esa especie de género particularmente significativo de los vanguardistas, cuya eficacia se apoya más en la coherencia interna y en la carga emocional que transmiten, que en la argumentación lógica, la validez referencia o la en la demostración objetiva. Un aspecto particularmente relevante es que la producción del vanguardismo latinoamericano, ubicada en el decenio 1910 – 1920, puede entenderse

2 En referencia a la filosofía, sostiene Arturo ROIG que sus comienzos y recomienzos requieren de un sujeto empírico que se pone para sí como valioso y considera valioso reflexionar sobre sí mismo. Cf. *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, edición corregida y aumentada, Buenos Aires, Una ventana, 2009 (Primera edición: México, Fondo de Cultura Económica, Colección Tierra Firme, 1981).

3 Cfr. GRISONI, Dominoque (Compilador) (1982), *Políticas de la filosofía*, México, Fondo de Cultura Económica.

4 OSORIO T., Nelson (edición, selección, prólogo, bibliografía y notas) (1988), *Manifiestos, proclamas y polémicas de la vanguardia literaria hispanoamericana*, Caraca, Editorial Biblioteca Ayacucho.

cabalmente sólo si se la analiza en relación con los factores básicos de la crisis mundial del momento, ya que no constituyen un epifenómeno de las vanguardias europeas, sino una respuesta legítima a condiciones históricas dadas, de un lado, por acontecimientos internacionales como la guerra del '14 y la revolución bolchevique del '17, y de otro lado, por circunstancias propiamente latinoamericanas como el proceso de sustitución de importaciones, la consolidación de la conciencia política de sectores populares urbanos, el desarrollo de un vasto movimiento antioligárquico cuyo inicial registro histórico es la Revolución Mexicana (1910) y en el plano de la institucionalidad cultural la Reforma Universitaria del '18, el debilitamiento del poder económico y político de las oligarquías agrarias. Tales cambios en la situación global impulsaron búsquedas renovadoras que lejos de ser brotes aislados, formaron parte de un “verdadero archipiélago continental”. “La *comunidad* de condición histórica, conjugada con la *diversidad* del desarrollo nacional y regional alcanzado hasta ese momento, es un factor de fundamental importancia para comprender la sintaxis del proceso latinoamericano de este siglo [siglo XX]” (Osorio, 1988, p. xxxi y xxiii).

En sentido semejante Alfredo Bosi ha dicho que nuestras vanguardias presentan formas y ritmos diferentes sobre el fondo de una unidad sufrida y contradictoria: la condición *colonial*, que orienta la indagación de identidad como búsqueda de la propia historia social y de la propia subjetividad, tal como se puede apreciar en las producciones de César Vallejo, Oswald de Andrade, José Carlos Mariátegui, entre otros. Se trata de un proyecto estético que encuentra en su propio hábitat los materiales, los temas, las formas, el *ethos* que informa el trabajo de invención (Cfr. Bosi, 1991, 13-24).

La oposición a los valores del pasado y a los cánones artísticos impuestos por la burguesía fue el denominador común de las vanguardias latinoamericanas que, por otro lado se diferenciaron no sólo por cuestiones formales, sino por la toma de posición frente a las cuestiones sociales, de ahí el empleo de un lenguaje más directo, menos aurático que la poesía y la prosa de ficción, y el hecho de establecer una relación programática con el público lector (Schwartz, 1991, p. 15).

Marc Angenot (1995) caracteriza al manifiesto como género demostrativo lindante al panfleto y a la polémica, con los que comparte la brevedad y el carácter de interpelación; se trata de un discurso axiomático cuyos principales rasgos funcionales son la toma de posición de sus signatarios y el requerimiento de adhesión o explicitación del desacuerdo, así como la asunción de un riesgo en momentos agonísticos o refutativos. También se ha dicho que constituye un ejercicio de crítica

negativa (De Micheli, 1968) que articula el posicionamiento crítico con la praxis contestataria. A las características mencionadas se agrega el hecho de que frecuentemente son publicados en periódicos, revistas o folletos, en nombre de un movimiento artístico, literario o filosófico, con el propósito de afirmar de una identidad colectiva y al mismo tiempo movilizar al público receptor (Abastado, 1980). Con frecuencia los signatarios se ubican en un lugar privilegiado de lectura de las contradicciones sociales, de las tensiones ideológicas, y de las luchas por la conquista del poder simbólico. No es ajeno a estos textos el sentido utópico expresado como deseo de instaurar una nueva vida, practicar nuevas formas de arte o de reflexión filosófica, lo cual se expresa a menudo como visión maniqueísta de la temporalidad, según la cual lo nuevo es lo absolutamente deseable, mientras que el pasado es el tiempo de la no-vida o bien de gestación de la verdadera vida por venir. En fin, el manifiesto es “literatura de combate” (Mangone y Warley, 1994) por cuanto se constituye a partir de una necesidad de intervención pública, el emisor espectaculariza el lugar de enunciación, pone en juego un acto de legitimación, busca configurar una identidad colectiva, utiliza lexemas e imágenes retóricas comunes a los espacios bélicos, exorciza al pasado y, al mismo tiempo, traza líneas de filiación, reconoce precursores y funda genealogías sorprendentes (Gelado, 2008).

Las características mencionadas, tanto las que se refieren a las condiciones contextuales como las centradas en los atributos formales de los manifiestos vanguardistas, las encontramos –*mutatis mutandis*– en otras expresiones textuales que adquirieron visibilidad en momentos particularmente tensos del siglo XX latinoamericano. Nos interesa dirigir la atención a algunos de los manifiestos producidos en el marco general de la Filosofía Latinoamericana de la Liberación⁵. Nos referimos a dos textos producidos a propósito del Bicentenario, por dos de los iniciadores del movimiento de la filosofía de la liberación, Enrique Dussel y Arturo Andrés Roig.

Entre las muchas iniciativas impulsadas con motivo de las celebraciones del Bicentenario del 25 de mayo de 1810, hubo una que se propuso el objetivo de debatir acerca de cuestiones cruciales y controvertidas, las cuales se han expresado a través de

⁵ En otros escritos nos hemos referido a los manifiestos surgidos desde el momento de gestación de la Filosofía Latinoamericana de la Liberación: cfr. “Prácticas de manifiesto: la filosofía latinoamericana de la liberación”, en: ARPINI, Adriana María (Compiladora), *Fragmentos y episodios. Expresiones del pensamiento crítico de América Latina y el Caribe en el siglo XX*, Mendoza, Qellqasqa – Ediciones de la MEL, Secretaría de publicaciones FCPyS, UNCuyo, 2016 (en prensa).

categorías como nación, patria, identidad. Categorías cuyo sentido /significación/, como sucede con las construcciones conceptuales, ha atravesado modificaciones históricas, ha sido muchas veces enajenado, distorsionado, borrado, como puede evidenciarlo un mínimo análisis de nuestra historia reciente. Un grupo de destacados intelectuales, filósofos, historiadores y estudiosos de las ciencias sociales fueron convocados a participar en dicho debate desde muy variados puntos de vista. Los resultados se recogieron en un volumen titulado *América latina hacia su segunda independencia. Memoria y autoafirmación*.⁶ El volumen contiene un total de diecinueve trabajos, además de la introducción y de una sección denominada “Pórtico”, con la que se abre la discusión. Dicho pórtico contiene sólo dos textos, uno de Enrique Dussel y otro de Arturo Andrés Roig.

El texto de Dussel es breve y retoma, actualizándola, una convocatoria suya realizada a propósito del quinto centenario de la llegada de los europeos al continente, para pensar críticamente ese acontecimiento y sus consecuencias. Esa reflexión quedó plasmada en el texto *1492: El encubrimiento del Otro* (1992). Ahora se trata de invitar a pensar críticamente las luchas latinoamericanas por la emancipación, a propósito del segundo centenario, bajo el título “1810: El nuevo encubrimiento del mismo Otro”.

Con el término “encubrimiento” se alude al hecho por el cual el indígena americano quedó sepultado bajo la imagen del “Otro” europeo. Tres siglos después, en 1810, el “mismo Otro” –los pueblos originarios a los que se sumaron los afroamericanos traídos como esclavos– quedaron encubiertos en un proceso de emancipación “usufructuada por los criollos”. Incluso, el primer centenario fue celebrado por las élites criollas y las oligarquías en el poder; aunque la Revolución Mexicana de 1910 introducía la posibilidad de una alternativa. No se trata para Dussel de un mero celebrar, sino de un enjuiciar aquella emancipación, ya que “los criollos, coloniales en su mentalidad e intereses, fueron la correa de transmisión de toda la etapa neocolonial en que todavía nos encontramos” (Dussel, 2007, p. 50). Siendo la “colonialidad del poder” profundamente racista y la llamada “emancipación” sólo un cambio de sector de la clase dominante en el mismo “bloque histórico en el poder” –alusiones a Aníbal Quijano y Antonio Gramsci respectivamente–, se abren para Dussel los siguientes interrogantes de marcada performatividad: “¿Será simplemente un 2010: un nuevo encubrimiento del mismo Otro? O mejor 2010: La perenne colonialidad del

6 BIAGINI, Hugo y ROIG, Arturo Andrés (Compiladores) (2007), *América Latina hacia su segunda independencia: memoria y autoafirmación*, Buenos Aires, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.

Otro después de la emancipación. O quizá un 2010: Hacia la segunda emancipación desde el poder liberador del Otro” (Dussel, 2007, p. 51).

En su brevedad, el texto más que argumentar impulsa una reflexión práctica inscripta en la dicotomía colonialidad/emancipación. Más precisamente se habla de “perenne colonialidad” y “segunda emancipación”. Lo primero no es una condena, antes bien, se intenta describir una situación de la que nunca se terminó de salir, ya que las formas de la colonización son múltiples y se reproducen en la vida cotidiana. De ahí que la segunda emancipación aluda no tanto a un hecho puntual, sino más bien a una tarea permanente, desde “el poder liberador del Otro”. Tal poder liberador se abre como posibilidad desde la afirmación de la vida que aspira a su realización plena.

El texto de Roig, titulado “Necesidad de una segunda independencia”, es más extenso y densamente argumentativo, aunque ello no va en desmedro de su capacidad performativa. Comienza recordando un escrito de José Martí, datado el 2 de noviembre de 1889 (publicado en el periódico argentino *La Nación* el 19/12/1889), cuando habían pasado unos 80 años desde que se inició el proceso de independencia continental que permanecía inconcluso, pues Cuba y Puerto Rico continuaban bajo el poder colonial español. Por ese entonces Martí era corresponsal del diario argentino *La Nación*, donde se publican sus crónicas y comentarios acerca del Congreso Internacional de Washington. A través de dichas crónicas expone las maniobras diplomáticas de Estados Unidos para hacer efectivos sus intereses expansionistas sobre el continente. Frente al convite del país del norte “repleto de productos invendibles y determinado a extender sus dominios en América” el cubano reclama “sensatez”, “vigilancia”, “examen claro y minucioso” pues “urge decir (...) que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia” (Martí, 1975, t. 6, p. 46).

En el contexto del pensamiento progresista del siglo XIX, el concepto de segunda independencia alude a un momento posterior a la liberación del dominio colonial español; en el cual, por medios como la educación, el periodismo, la legislación, la inmigración, sería posible alcanzar la modernización y completar la independencia política, económica, cultural de las jóvenes naciones latinoamericanas, logrando asimismo configurar cierta identidad propia reconocible internacionalmente. La idea, que había estado presente ya en Francisco Miranda con anterioridad a las guerras de independencia y en Simón Bolívar una vez completada esa gesta, aparece bajo la fórmula de la emancipación mental en los escritos de Francisco Bilbao, Juan

Bautista Alberdi, Domingo F. Sarmiento, Esteban Echeverría, José Victorino Lastarria, entre otros (Cfr. Pinedo, 2010).

En escritos de autores como Ramón Emeterio Betances, Eugenio María de Hostos -ambos puertorriqueños- y el mismo José Martí, la idea de completar nuestra independencia o de rescatarla mediante la declaración de una segunda, adquiere matices específicos vinculados con la configuración de una identidad común a partir de la diversidad –de razas, de costumbres, de condición socio-cultural– y con la necesidad de integración de nuestra América para enfrentar las acechanzas del “gigante de las siete leguas”.

Roig retoma el concepto a partir de Martí, en el texto antes aludido, producido en 2003, el que por sus características puede ser comprendido entre las prácticas de manifiesto a las que nos hemos referido. En efecto, no se trata sólo de un texto académico, erudito y bien documentado, es en lo medular un texto de denuncia con marcado espíritu performativo. Veamos el siguiente párrafo:

Vivimos un mundo paradójico, pero con un agravante: nuestra paradoja se desarrolla en la dependencia. La paradoja de la miseria en medio de la abundancia también se da en el seno del Imperio por la simple razón de que es parte constitutiva del régimen capitalista. Pero frente a un capitalismo salvaje que ha hundido a millones de seres humanos en la miseria, son posibles formas de capitalismo con un rostro distinto. Siempre son posibles fórmulas de integración social y siempre son posibles actitudes de enfrentamiento ante los procesos de dependencia. No debemos perder la esperanza de poner en marcha formas de humanización aun en las peores condiciones históricas.

Muchos son los caminos de la reconquista. Y uno de ellos es el de adueñarnos de nuestra palabra, restablecer discursos borrados, mediante un programa de rescate de categorías impugnadas por los sectores de poder y sus colaboradores intelectuales. (Roig, 2007, p. 31-32).

La propuesta de Roig consiste en un “rescate de categorías”, o bien en un “rearme categorial”, expresión que también utiliza para enfrentar del desencanto ante al fracaso de los ideales emancipadores de la modernidad producido en la última década del siglo XX, después de la “caída” del Muro de Berlín. Desencanto que, a los ojos de Roig, constituyó una reacción acrítica frente una racionalidad avasalladora, en nombre de la cual se perpetraron las mayores catástrofes humanas del siglo XX –guerras mundiales, campos de concentración, armas nucleares–. Desde tal posicionamiento se aconsejaba un “discurso blando”, una “renuncia a la Razón” (con mayúsculas) y consecuentemente un debilitamiento de la moral y de los lazos sociales, todo ello congruente con la universal imposición del consumo como fuente de felicidad. Roig

toma distancia crítica, advirtiendo de la puesta en circulación de la noción de “imperio”, que según sus promotores –Michel Hardt y Toni Negri– hace referencia a una fase superadora del imperialismo clásico, caracterizada por un “poder difuso” que se extiende sobre una “multitud” igualmente difusa. Con lo que no se hace más que reiterar generalidades acerca de la globalización, la posmodernidad y el posmarxismo, que no alcanzan a explicar el mundo real, excepto por el hecho de poner de suscitarse una sospecha que ya Martí había señalado: que el imperio no tiene aliados sino vasallos.

Hemos hablado –dice Roig– de la necesidad de un rearme categorial. La acción de la cual estamos hablando es seria. Se trata de alcanzar una posición de compromiso y responsabilidad moral, no con lo establecido, sino con lo que lealmente entendemos que es verdad. (...) Rearmar categoría trabajadas entre nosotros en niveles respetables y no desde ahora, dentro del cauce de una tradición elaborada a lo largo de todo nuestro mundo iberoamericano, y como lo hemos sabido hacer tantas veces, abiertos al mundo, desde nuestro mundo. Rescatar todos los conceptos axiales relativos a nuestras ciencias humanas, recuperar junto con ellos a estas mismas ciencias en el campo de la moral, de la política, de la economía y de las relaciones y diferencias sociales y de género” (Roig, 2007, p. 33).

Dentro del programa de rearme categorial se ocupa Roig de los conceptos de “independencia” y “emancipación”. Tales ideas están presentes en el pensamiento de la modernidad occidental desde el siglo XVIII. En el marco de la Ilustración funcionan como ideas reguladoras (Kant) y como tales implican una exigencia de universalidad y una apelación a la razón. Su legitimación descansa en el gran relato de la Filosofía de la Historia universal de la emancipación (Hegel). Ahora bien, desde la perspectiva de cierto discurso de la posmodernidad, el gran relato emancipatorio ha sido destruido. Auschwitz, Hiroshima, son símbolos de tal destrucción. Como consecuencia de la misma se adopta una posición de rechazo de toda exigencia de universalidad y del sentido de la emancipación, al mismo tiempo que se reivindica el acontecimiento, las realidades fragmentarias y particulares que tienen valor de iniciación en sí mismas.

Ahora bien, sucede que junto con ese rechazo se anula la posibilidad de la crítica. El refugio en lo fragmentario impide la denuncia de los universales sobre los que se monta, por ejemplo, el mercado financiero. Es cierto que la fe en los universales puede ser considerada como ingenuidad cuando estos se muestran como ideológicos, pero si se renuncia a la razón y a su pretensión de universalidad, prevalece el escepticismo y la indiferencia, se desvanece la posibilidad de crítica de tales universales ideológicos. Frente a esto, la alternativa consiste en anclar la crítica en la conflictividad social, en cuyo seno adquieren sentido las categorías de emancipación e independencia.

Justamente porque no se trata de aceptar lo dado (actitud indiferente), sino de tomar distancia reflexiva para el ejercicio crítico. En todo caso la modernidad –también nuestra época– presentan una tensión interna que supone formas de racionalidad en conflicto, las cuales fueron ya señaladas por los filósofos de la sospecha, especialmente por Marx al mostrar la tensión entre capital y trabajo, y también a José Martí al desenmascarar las contradicciones de la colonialidad.

La desocialización de los hechos anula la posibilidad de autoafirmación de los sujetos sociales; la identificación de la aspiración de universalidad de la razón con el terrorismo anula la posibilidad de criticar y de reconocer formas conflictivas de racionalidad. “Lo importante es poner en claro que no es la categoría de “emancipación” en sí misma la que generaría “terror”, este se produce como una de las consecuencias del uso encubridor ideológico de los universales, cuestión de la que son responsables los seres humanos, no las categorías” (Roig, 2007, p. 40).

Las categorías de “independencia política” y “emancipación mental” han sido utilizadas en la literatura del siglo XIX con sentidos diferentes. La primera hacía referencia a la ruptura del lazo colonial, mientras que la segunda se justificaba como lucha para alcanzar formas de organización democrática de repúblicas que ya tenían asegurada la independencia política. Sin embargo, desde las primeras décadas del siglo XX, el sentido de ambas categorías se unifica, tal como aparece en los textos de Manuel Ugarte, ante la amenaza de pérdida de la independencia frente a la actividad del nuevo imperialismo. Ambas categorías se oponen a la noción de “dependencia”, la cual tuvo desarrollos específicos en las décadas de los '60 y '70 por parte de una escuela de pensamiento socio-económico conocida como Teoría de la dependencia, que ha sido revisitada y *aggiornada* en la década con que se inició el siglo XXI. Ello pone de manifiesto que los hechos comprendidos por las denominaciones de “Independencia” y “Emancipación”, no son asuntos puntuales, sino tareas permanentes y compleja (Cfr. Roig, 2003).

La democracia, y particularmente, los ideales de una democracia participativa de claro sentido social, dependen de la emancipación de la que estamos hablando, con el agravante de que además estamos al borde de perder lo poco que nos queda de la independencia, por lo que la tarea, tal como lo vio Ugarte en su momento, muestra dos frentes y de alguna manera hemos regresado al punto desde el que partió Francisco Miranda: un mundo colonial y una mentalidad colonial. (Roig, 2007, 44)

El texto de Roig concluye con la recuperación del otro manifiesto, lanzado por Manuel Ugarte en 1927, desde Valparaíso, dirigido a la juventud latinoamericana,

instándola “a proceder sin demora a una renovación dentro de cada república a un acercamiento entre toda ellas. Estamos en una época francamente revolucionaria por las ideas –decía Ugarte–. Hay que realizar la segunda independencia, renovando el continente. (...) Remontémonos hasta el origen de la común historia. Volvamos a encender los ideales de Bolívar, de San Martín, de Hidalgo y de Morazán y vamos resueltamente hacia las ideas nuevas (...) sólo podemos confiar en el porvenir” (Ugarte, 1978, p. 111-114).

A propósito del texto de Ugarte, que actualiza la idea de segunda independencia, y en referencia a que ésta es una tarea permanente y necesaria aún en nuestros días, exhorta el filósofo mendocino a:

“(...) aprender nuevamente a leerlas [a las categorías de Independencia y Emancipación] en cuanto que habría sectores sociales en actitud de emergencia y de dignidad humana, enfrentados a minorías venales instaladas en las democracias de la época, en la que los valores en juego sobre los que se montaba el discurso del poder se encontraban contaminados, según la expresión de Castoriadis, por las formas más groseras de racionalidad capitalista. (...) Frente a esta situación de dependencia acompañada de impunidad y corrupción, la tarea es doble: se hace urgente abrir un frente de lucha por el rescate de la independencia perdida y poner en marcha una segunda independencia, así como es necesario y urgente promover una emancipación mental, no sólo frente a los modos de pensar y obrar de las minorías comprometidas con el capital transnacional y las políticas imperiales (...) sino ante la contaminación ideológica generada por las prácticas de una cultura de mercado en las que se subordina las necesidades (needs) a las satisfacciones (wants)” (Roig, 2007, p. 44-45).

En síntesis, los textos de Dussel y Roig, a los que hemos considerado como “prácticas de manifiesto”, movilizan reflexiones en torno a la necesidad de conquistar otra emancipación –como también lo expresa la canción que nos sirvió para dar título a esta intervención. La pregunta, entonces, es ¿cómo?, ¿qué acciones?, ¿de qué manera proceder a tal conquista? Consideramos que se trata de una tarea cotidiana, consistente, entre otras cosas, en: - afirmar la vida en el duro trabajo de hacer posible su producción emancipada; - identificar las necesidades, sin confundirlas con los satisfactores; - promover la reflexión crítica (la filosofía crítica, la ciencia crítica, el saber social crítico) capaz de desmontar la contaminación ideológica; - descubrir formas alternativas de construir conocimientos; - autoafirmarnos y reconocernos como sujetos colectivos, en un “nosotros” construido solidaria y democráticamente; - confiar en el porvenir que resulte de ese quehacer cotidiano.

Bibliografía

- ABASTADO, Claude (1980), “Introducción”, *Littérature* 39, París, p. 3-7.
- ANGENOT, Marc (1995), *La parole pamphlétaire* París, Payot.
- BIAGINI, Hugo y ROIG, Arturo Andrés (Compiladores) (2007), *América Latina hacia su segunda independencia: memoria y autoafirmación*, Buenos Aires, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.
- BOSI, Alfredo (1991), “La parábola de las vanguardias latinoamericanas”, en: SCHWARTZ, Jorge, *Las vanguardias latinoamericanas. Textos programáticos y críticos*. Madrid, Cátedra, p. 13-24.
- DE MICHELI, Mario (1964), *Las vanguardias artísticas del siglo XX*, Córdoba, Editorial Universitaria.
- DE SOUSA SANTOS, Boaventura (2003), *La caída del Angelus Novus: Ensayos para una nueva teoría social y una nueva práctica política*, Bogotá, ILSA.
- DUSSEL, Enrique (1992), *1492: El encubrimiento del Otro. Hacia el origen del mito de la modernidad*, La Paz, Plural Editores.
- DUSSEL, Enrique (2007), “Hacia el 2010: a dos siglos del proceso de emancipación. ¿Un nuevo encubrimiento del otro?”, en: BIAGINI, Hugo y ROIG, Arturo Andrés (Compiladores) (2007), *América Latina hacia su segunda independencia: memoria y autoafirmación*, Buenos Aires, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, pp. 49-51.
- GELADO, Viviana (2008), “Un «arte de la negación»: El manifiesto de vanguardia en América Latina”, en: *Revista Iberoamericana*, Vol. LXXIV, N° 224, p. 649-666.
- GRISONI, Dominoque (Compilador) (1982), *Políticas de la filosofía*, México, Fondo de Cultura Económica.
- MANGONE, Carlos y Jorge WARLEY (1994), *El manifiesto, un género entre el arte y la política*, Buenos Aires, Biblos.
- MARTÍ, José (1975), “El Congreso de Washington. Su historia, sus elementos y su tendencia”, en: *Obras Completas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, tomo 6, p. 46 y ss.
- OSORIO T., Nelson (edición, selección, prólogo, bibliografía y notas) (1988), *Manifiestos, proclamas y polémicas de la vanguardia literaria hispanoamericana*, Caraca, Editorial Biblioteca Ayacucho.
- PINEDO, Javier (2010), “El concepto de Segunda Independencia en la Historia de las Ideas en América Latina: una mirada desde el Bicentenario”, en: *Atenea*, núm. 502,

Concepción, pp. 151-177. En línea: <http://dx.doi.org/10.4067/50718-0462201000200009> (04/03/2016)

ROIG, Arturo Andrés (2003), “Necesidad de una segunda independencia”, en: *Polis. Revista de la Universidad Bolivariana*, vol. 1, n° 4, Santiago de Chile, Universidad de Los Lagos. En línea: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=30500408> (07/05/2016)

ROIG, Arturo Andrés (2007), “Necesidad de una segunda independencia”, en: BIAGINI, Hugo y ROIG, Arturo Andrés (Compiladores), *América Latina hacia su segunda independencia: memoria y autoafirmación*, Buenos Aires, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.

SCHWARTZ, Jorge (1991), *Las vanguardias latinoamericanas. Textos programáticos y críticos*. Madrid, Cátedra.

UGARTE, Manuel (1978), “Manifiesto a la juventud latinoamericana”, en *La Nación Latinoamericana*, Compilación, prólogo, notas y cronología de Norberto Galasso, Caracas, Biblioteca Ayacucho, p. 111-114.